



WILLIAM IRISH

**No quisiera  
estar en sus  
zapatos**

Dos relatos, «No quisiera estar en sus zapatos» y «Fue anoche», reunidos en este volumen, confirmaron a William Irish como precursor del suspense, ya que introdujo esta nueva vía en la novela negra, en la que exprime una atmósfera sobrecogedora, apresando fatalmente a sus personajes. El universo del escritor desata los miedos atávicos, no sólo de los protagonistas de sus obras, sino en las almas de los lectores. Nada es superfluo ni gratuito.

## NO QUISIERA ESTAR EN SUS ZAPATOS

Comenzaba cada vez con un sonido grave y trémulo. Como el de una tetera que hierve o el del motor de un automóvil al ponerse en marcha, o como si alguien estuviera haciendo gárgaras. Luego se tornaba agudo. Más agudo que el de un chillido y que el de una uña rascando el cristal. Más agudo de lo que nervios humanos pueden soportar. ¡Miiiiuuu! Se convertía luego en un silbido serpenteante, que terminaba en un resoplido explosivo. *Hach tuchs!* Y empezaba de nuevo.

Tom Quinn sacó la cabeza de entre las sábanas al oír el golpe de la ventana al cerrarse. Su cara estaba húmeda de sudor a causa de aquel inútil remedio contra el ruido, que sólo había servido para sofocarle sin atenuar los maullidos.

—¿Cómo vamos a dormir en una noche tan calurosa con las ventanas cerradas? —preguntó, irritado.

—Bueno, pero ¿cómo vamos a dormir con ese ruido? —replicó, no sin razón, su esposa—. ¿Se hacen el amor, se pelean o es que les duele algo?

El dique de su ira se rompió al oírla. Habían estado soportando aquello desde el mismo momento en que se acostaron. Se levantó con la violencia de un ciclón, arrojando al suelo las sábanas. Agarró algo del piso, dio dos rápidos pasos con los pies desnudos hacia la ventana, la subió de un tirón, levantó el brazo como un *pitcher*<sup>[1]</sup> de los estimados como buenos y arrojó lo que tenía en la mano al patio, cinco pisos más abajo.

Su mujer no lo vio a tiempo para detenerlo. El impacto no produjo ruido alguno que demostrara haber dado en el

blanco. Los maullidos continuaron como hasta aquel momento. Por el contrario, a sus atormentados oídos empezaron a sonar como con un deje de burla.

—¡Porquería de gatos! —exclamó.

Dio un salto en dirección a la cama, se inclinó para buscar el compañero de lo que había arrojado antes, retornó a la ventana y de nuevo alzó el brazo.

Esta vez ella vio lo que era y trató de impedirle el movimiento, pero llegó tarde.

—¡Tom! —gritó—. ¡Que son tus zapatos! ¿Te has vuelto loco?

Tampoco esta vez dio resultado. Era como si aquellos zapatos de gruesas suelas tuvieran alas y hubieran levantado el vuelo en lugar de caer al patio, ya que no hicieron ruido alguno allá abajo. El concierto de maullidos continuó.

—¡Vaya viveza la tuya! —comentó agriamente su mujer—. ¿Cómo vas a ir al trabajo mañana? ¿Descalzo?

La ira del hombre se tomó mansedumbre, como suele ocurrir cuando uno comprende que ha hecho una estupidez.

—Tengo otro par en el ropero, ¿no es así? —se excusó.

—No importa, ése no es motivo para que tires por la ventana un par de zapatos casi nuevos. Te costaron diez dólares con esos soportes para pies planos. ¡Ahora mismo bajarás a buscarlos!

—¿A esta hora?

—Sí, irás al patio y los recogerás antes que los pesque el portero cuando se levante por la mañana —insistió ella.

El hombre se puso con desgana un apolillado albornoz, se calzó unas pantuflas y salió mascullando:

—Pero si ni siquiera los oí dar contra algo. ¡Tengo una puntería de...!

Transcurrieron sus buenos quince minutos antes de que regresara. Cuando llegó parecía más alicaído, más atormentado que al irse. Su mujer no necesitó que le dijera nada. Podía ver sus manos vacías.

—¡Me lo figuraba! —dijo con reproche—. No los encontraste, ¿eh?

—Los busqué por todas partes, tanto en nuestro patio como en el de la casa de al lado —contestó él, avergonzado—. Ni rastro de ellos en ninguna parte.

—Sin embargo, *deben* estar en algún sitio, abajo —insistió ella—. Nadie ha andado por allí. He estado mirando por la ventana todo este tiempo. ¿Por qué no vas otra vez, con la linterna?

—Encendí cerillas —dijo él—, revisé los dos patios centímetro a centímetro y hasta salté la cerca. Deben de haberse metido por la ventana de alguno de los apartamentos de enfrente.

—Entonces, ¿por qué no vas a llamar allí y te aseguras?

—¿Despertar a la gente a esta hora para preguntarle por mis zapatos? ¿Por quién quieres que me tomen?

Era una de esas cosas que el hombre común se resiste a hacer. No le importa aparecer ridículo ante su esposa, pero con los extraños es algo muy distinto.

—Bueno, no pretenderás que vaya yo, ¿no? —dijo ella—. Tú los arrojaste, arréglate ahora como te parezca. Nuestra situación no nos permite huir de este calor, como la mayoría de los que viven en el barrio; pero tú te permites el lujo de arrojar por la ventana un par de zapatos de diez dólares.

Tom Quinn había vuelto a la cama. Se tapó otra vez hasta la cabeza con las sábanas, pero no para evitar a los gatos ahora, sino los reproches de su mujer, los cuales comprendía que eran justificados.

A la mañana siguiente, no obstante, tuvo que oír acerca del mismo asunto más de lo que hubiera deseado. Salió para su trabajo sintiendo aún los pinchazos de las frases de su mujer. Y se temía que tendría que oír todavía más cuando regresara por la noche, y hasta en los días siguientes. Pasaría una semana antes que aquello se olvidara. No porque mistress Quinn fuese una rezongona. Nada de eso. En

general, era de carácter apacible, y se congeniaba fácilmente con ella. El calor, que no disminuía desde hacía tres semanas, probablemente la tenía alterada. Además, él comprendía su punto de vista en este caso. Su situación dejaba de ser brillante. Hacía años que las cosas iban de mal en peor, y sus zapatos, por el defecto de sus pies, eran una de las cargas más pesadas en su presupuesto. Al revés de lo que sucede en la mayor parte de los matrimonios, Quinn pagaba por sus zapatos dos veces más que su esposa por los suyos. Y cuanto más pensaba acerca de la forma en que los había perdido, más infantil y estúpido se sentía. Tan infantil y estúpido, que la idea de ir a preguntar por ellos en los otros apartamentos le pareció doblemente absurda. Ni siquiera podía admitir que el portero de la casa en que vivían aceptara hacerlo en su lugar. Su conocimiento de los vecinos le convencía de la inutilidad del procedimiento. Quienquiera que los hubiese encontrado, probablemente se quedaría con ellos, se decía. Pero era inútil.

Hasta se le ocurrió la idea de comprar un nuevo par de zapatos, ensuciarlos un poco y hacer creer a su mujer que eran los que había arrojado por la ventana, y evitar así nuevos reproches. Pero rechazó la idea por imposible, por la sencilla razón de que no le sobraban diez dólares.

No obstante, cuando aquella tarde volvió del trabajo esperando oír algo más acerca de los zapatos, y no por cierto alabanzas, se encontró con que las primeras palabras de su mujer fueron de asombro.

—Bueno —dijo ella con tono de aprobación—, me alegro de que hayas sido lo bastante decidido como para ir a pedir los zapatos, tal como te sugerí que hicieras. ¡De veras que no te creía capaz de hacerlo!

Hizo una señal con el dedo y él vio los zapatos uno al lado del otro, en el suelo, sobre una hoja de periódico en la que sin duda habían estado envueltos.

Ella creía que la recuperación de los zapatos era obra de su marido.

—Seguramente no habrás tenido tiempo de volver arriba esta mañana con ellos, ¿verdad? Como ya se te había hecho un poco tarde... —prosiguió, contestando a su propia pregunta.

—Pero ¡cómo!, ¿entonces tú no sabes quién los trajo? —interrogó Quinn.

—No. Los encontré envueltos en este diario, en el umbral, cuando salí al mediodía. Es extraño que no hayan tocado el timbre para entregarlos personalmente. Sin embargo, es una buena acción que se hayan tomado la molestia de subir hasta un cuarto piso. ¿Quién los tenía?

Quinn juzgó oportuno apoyar esa buena opinión de su mujer, aunque él no tuviera arte ni parte en ello. De todas maneras, los zapatos habían vuelto, y si confesaba que no era obra suya, ella seguramente comenzaría de nuevo con sus reproches.

—Un vecino de enfrente —dijo vagamente.

Ésa era, sin lugar a dudas, la verdad, puesto que no podían haber vuelto dando un salto de *boomerang*.

Ella no le apremió para obtener más detalles.

Quinn levantó los zapatos y los examinó con curiosidad, pero sus ojos inexpertos no hallaron en ellos ninguna diferencia a cuando los dejara debajo de su cama la noche anterior. Necesitaban una limpieza, y decidió celebrar su vuelta haciéndolo. Generalmente, hacía una visita al limpiabotas sólo una vez al año.

Al mismo tiempo, se preguntaba cómo había sabido el misterioso restituyente que los zapatos eran suyos. Recordaba que su mujer había encendido la luz del dormitorio cuando bajó a buscarlos, y supuso que la persona que los había encontrado se había guiado por ella. Pero ¿por qué no había tocado el timbre y esperó un minuto para asegurarse de que era allí? Además, si el individuo en cuestión estaba despierto cuando su mujer encendió la luz del dormitorio, ¿por qué no le llamó en el mismo momento en que

bajó al patio a buscar los zapatos? ¿Por qué había esperado hasta el día siguiente?

La única explicación que halló fue que tal persona estaba despierta en ese instante y que había visto encenderse la luz, pero que no se dio cuenta de que los zapatos habían caído en su habitación hasta por la mañana. Quizá no dormía en la misma habitación a la que fueron a parar, y por eso no los había oído caer. Y si dormía en el lugar donde habían caído (la mayoría de los dormitorios daban a la parte trasera de la casa), tal vez los zapatos dieran sobre una alfombra o sobre un mullido sofá. Claro está que había sido más que casualidad que los dos zapatos pasaran por la misma ventana sin dar contra los cristales.

Como quiera que fuese, el asunto era demasiado trivial para perder más tiempo haciendo conjeturas, pensó finalmente Quinn. Había recuperado milagrosamente sus zapatos, y eso era lo único que importaba. A la mañana siguiente, tanto él como su mujer habían olvidado casi el asunto, y por la noche éste se había borrado enteramente de la memoria de ambos. A la segunda mañana se había desvanecido tan completamente, que sólo una mención directa podría habérselo hecho recordar, y como solamente ellos estaban enterados del asunto, ¿quién hubiera podido mencionárselo?

La vieja casa de madera cerca del río no había visto nunca tanta gente a su alrededor desde que la edificaron. Debía de haber sido un lugar agradable hacía cincuenta años: árboles inclinados hacia las lípidas aguas, vacas pastando en las praderas de ambas márgenes del río, casitas de madera como aquélla diseminadas aquí y allá. Pero ya no era un lugar agradable: lanchones de desperdicios, depósitos de carbón, el río convertido en un caldo grasiento. En una orilla, manzanas enteras de casuchas desvencijadas; en la



otra, depósitos de madera, fábricas de hielo, altas chimeneas.

La casa estaba bastante retirada de la calle, encerrada por una pared.

El inspector, que era un hombre fornido, la observó con desconfianza al entrar en el oscuro porche.

—Espero no dar un paso tan fuerte que haga caer el techo encima de nosotros.

—Vivir en un sitio como éste es una incitación —comentó uno de los hombres que le acompañaban—. Es un verdadero escondrijo; anoche debía de estar completamente a oscuras.

La casa era más espaciosa de lo que parecía desde fuera. Atravesaron un pasillo como un túnel y llegaron a una habitación trastera que a intervalos se iluminaba con fogonazos de luz azulada como la de un corto-circuito. Dos hombres que llevaban una cámara fotográfica salieron apresuradamente, saludaron con un movimiento de cabeza y abandonaron la casa, dejando tras sí un acre olor a magnesio.

El inspector entró en la habitación y preguntó:

—¿Es él?

Tendido sobre el piso había un hombre muerto. Su cuello presentaba la huella de una cuerda. Aunque toda la actividad que se desarrollaba a su alrededor era causada por él, nadie le prestaba ninguna atención. Uno de los detectives pasó en una ocasión por encima de su cuerpo para ahorrar tiempo al ir de un lado a otro de la habitación.

Una pirámide de latas vacías se había derrumbado en un rincón. Una aterrorizada rata se asomó y volvió a esconderse. Su larga cola quedó visible entre dos latas y luego desapareció más lentamente de lo que lo había hecho el cuerpo.

El inspector dijo:

—Lo único que me sorprende es que esto no haya sucedido antes.

—Salía sólo una vez al mes para hacer su provisión de latas de conservas. Aparte de eso, no se movía de aquí. Me figuro que fue así como logró vivir tanto tiempo.

—Bueno, ahora va a salir de aquí y no será para comprar conservas —murmuró el inspector. Luego alzó la voz en dirección al zaguán—: ¡Morgue! ¡Ya no lo necesitamos, llévenselo!

Dos hombres que estaban aguardando fuera entraron con una camilla.

—¿Cómo habrá entrado aquí, quienquiera que haya sido? —se preguntaba el inspector.

—Por allí —uno de los hombres señaló una ventana abierta de par en par, que daba al patio—. El viejo no habría abierto la puerta principal a nadie. Era demasiado desconfiado. Estaba aún cerrada por dentro cuando entramos. Seguramente dejó esa ventana entreabierta a causa de este espantoso calor. Y la muerte entró por ella.

—El motivo debió de ser dinero escondido, como sucede con todos estos ermitaños —sugirió el inspector—. ¿Lo encontraron? ¿Qué les parece a ustedes?

Un hombre que examinaba un montón de viejos papeles, cartas y recortes, y a intervalos estornudaba a causa del polvo que se desprendía de ellos, dijo:

—Creo que sí, que encontramos algo. No hay rastros de libreta de banco, llave de caja de seguridad o anotaciones de inversión alguna, y con toda seguridad el hombre no vivía del aire. El dueño de la tienda de comestibles donde se abastecía mensualmente declara que nunca pagaba con menos de un billete de veinte dólares, y siempre daba uno de esos billetes antiguos que ya casi no se ven.

—¿Qué piensan del hombre? —preguntó el inspector con interés.

—A primera vista no resulta sospechoso. Él fue quien denunció el caso. Wontner, el muerto, era cliente suyo desde hacía mucho tiempo, y el tendero sabía qué día del mes hacía sus compras. Siempre el día primero, era infalible. De

modo que al no verlo hoy, el tendero vino a llamar a su puerta creyendo que el hombre estaría enfermo y necesitaría atención. Al no recibir respuesta llamó a un agente de policía y le habló del asunto.

—El hecho ocurrió anoche, según dice el médico.

—Sí, en las últimas veinticuatro horas. El asesino desconocía las costumbres de Wontner, pues de no ser así habría venido en otro momento, procurándose todo un mes de tiempo antes que el crimen se descubriera. Al hacerlo anoche, acertó ese plazo para tratar de ponerse a salvo hasta reducirlo a veinticuatro horas solamente. Si hubiese ocurrido esta noche, después de que Wontner hubiera hecho sus provisiones, nadie se habría enterado hasta pasados los próximos treinta días. El hombre era un verdadero anacoreta.

—Bueno, está claro que dieron con su dinero —dijo el inspector—. Una de las primeras cosas que debemos vigilar es cualquier señal de repentina prosperidad entre la gente del vecindario. Por ahora, evitarán cualquier demostración, pero no podrán frenarse mucho tiempo. Quienquiera que luzca un traje nuevo o empiece a emperifollar a su mujer, o de pronto busque un nuevo departamento o comience a convidar a sus amigos, deberá ser vigilado con los ojos bien abiertos —y súbitamente agregó—: ¿De dónde salió esa cuerda? ¿Creen que nos dará una pista?

—No; ya hemos considerado ese detalle. El asesino la tomó del patio. Wontner tendía sus camisas lavadas.

El inspector se acercó a la ventana abierta y observó el exterior. Algo semejante a una gran luciérnaga despedía destellos luminosos a un lado de la casa, donde había una profunda hendidura en el suelo, junto a la pared frontera con el depósito adyacente.

—¿Quién anda por allí?

—Bob White, que busca lombrices.

Los destellos cesaron, y un hombre con gafas de concha, el cuello de la camisa desprendido y el nudo de la cor-

bata corrido hacia un hombro como medida contra el calor, se acercó por el patio a la ventana.

—Llegó usted a tiempo, inspector —dijo—. He encontrado algo formidable. Venga a ver.

El aspecto de Bob White tenía de todo menos de detective. Sugería más bien a un estudiante universitario de la nueva generación, de la variedad de los que estudian, no tanto por su aire juvenil como por su seriedad y entusiasmo combinados. Sus camaradas pretendían burlarse de él, pero interiormente le admiraban.

El inspector salió al patio de tierra situado al fondo de la casa, materialmente cubierto de latas vacías y desperdicios, arrojados allí durante años por el excéntrico dueño de la casa. Los otros hombres salieron uno a uno tras él, aparentando inútilmente indiferencia.

Bob White hizo a todos una señal y los guió por el estrecho corredor que llevaba a la parte delantera de la casa.

—¡Quédense sobre esos tablones! ¿Quieren? —sugirió—. Hay algunas huellas borrosas aquí, y ustedes querrían ver seguramente más de una. Pero ésta, ¡oh!, ¡ésta es algo bueno!

Se inclinó y señaló con el dedo. Los otros alargaron el cuello sobre los hombros del inspector; el último de todos se agazapó como un sapo y metió la cabeza entre las piernas de los demás.

—Por aquí debe de correr la cañería del desagüe, y como sin duda es antiquísima, el agua debe de filtrarse, manteniendo así húmeda la tierra que la cubre. Ahora, observen esto, justamente en medio. ¿Qué cosa mejor podrían ustedes pedir?

La huella de un pie apareció clara al acariciarla con el haz de luz de su linterna.

—Bueno, la cosa ha terminado casi antes de comenzar —el inspector no perdió más tiempo—. ¡Apresúrense! Telefoeen al laboratorio para que manden algunos hombres a hacer el vaciado de esa huella. Con él reconstruiremos a

nuestro hombre. Sabremos cómo es y su historia sin tardar mucho. Esa huella vale tanto como una foto.

—La dejó al salir —observó Bob White—, no al entrar. La punta está en dirección a la calle. Tuvo más suerte al entrar, porque caminó por esta tierra más seca que hay a cada lado de la zona húmeda. Pero la suerte le abandonó al salir: su pie vino a posarse justamente en medio de la tierra mojada.

El inspector dijo sombríamente:

—Quienquiera que sea, ahora su suerte está echada.

—Pueden repetir mis palabras —dijo el inspector jugueteando con un lápiz sobre su escritorio—. Confiamos en hacer un arresto dentro de breve plazo. La investigación se desarrolla satisfactoriamente. Ahora, señores, ustedes me disculparán, pero tengo que volver a mi trabajo.

—¡Vamos, inspector! ¿No puede adelantarnos algo más esta vez? —suplicó uno de los reporteros—. ¡Siempre nos dice lo mismo!

—Bueno, muchachos, no sean pesados. En cuanto descubramos algo más, los mandaré llamar. ¡Y cuidado con lo que hacen con la puerta al salir!

Cuando los periodistas se guardaron en el bolsillo sus anotaciones y desaparecieron, el inspector descolgó el auricular del teléfono y pidió comunicación con el laboratorio.

—¿Qué tal sale ese molde?

—¡A pedir de boca! Enseguida le enviaré un boceto del hombre, que hemos construido basado en esa huella.

—¡Perfecto! Ordenaré que se hagan copias fotostáticas para distribuir las entre todos mis hombres.

—Puedo anticiparle algunos detalles. El hombre que usted busca tiene un metro sesenta y ocho de estatura. Su número de calzado es el cuarenta. Tiene pies planos. Sus zapatos poseen un soporte especial para la planta del pie, una especie de puente entre el talón y los dedos. Eso servi-

rá para circunscribir el campo de investigaciones; las casas que venden esos aparatos generalmente llevan un registro de sus clientes, tal como hacen los médicos. La ocupación del hombre es sedentaria; no camina mucho ni está largo tiempo de pie: el tacón apenas está gastado. Búsquelo entre los oficinistas.

—Prácticamente, me lo ha entregado usted en bandeja de plata —dijo agradecido el inspector.

Veinte minutos después llegó un mensajero con el boceto y el molde prometidos. Las copias fotostáticas del primero estuvieron listas en media hora, y el inspector reunió a los hombres encargados del caso y les entregó una a cada uno.

—Ahí tienen al tipo —dijo—. Los rasgos fisonómicos han sido omitidos, pero pueden buscarlo por su silueta, su conformación y su porte. Todo lo que necesitamos saber es su nombre y paradero actual. Cada uno de ustedes debe ir a una casa distinta especializada en aparatos para pies defectuosos y verificar la lista de sus clientes, guiándose por las medidas de este molde. Tal vez puedan identificarlo simplemente basándose en el molde. Si ese hombre compró los zapatos en esta ciudad, sabremos quién es antes de veinticuatro horas. Y aunque no los haya adquirido aquí, le habremos echado el guante en una semana, tardando mucho. Denme la guía comercial. Procederán así; usted, Keller, recorrerá todos los comercios hasta la letra E, Easy Walk Shoes, Incorporated. Usted, Michaels... —y continuó así hasta el final.

Cinco minutos después, el inspector estaba solo en su oficina. Habían pasado ya cuarenta y ocho horas desde el descubrimiento del crimen.

A eso de las cinco, Bob White, a quien le había tocado recorrer las casas de la S a la Z, telefoneó:

—Ya lo tengo, inspector —dijo—. Lo encontré en la segunda casa de mi lista: la Supporta Shoes. Llevan un gráfico de pies de cada cliente para poder seguir el curso de la

mejoría. Concuerdá exactamente con la impresión de nuestro zapato. No hay posibilidad de error. El vendedor ni siquiera necesitó nuestro molde para identificarlo. Esto es lo que dice el registro de la casa: «Thomas J. Quinn, treinta y ocho años. Estatura: un metro sesenta y ocho centímetros. Peso: setenta kilos. Ocupación: contable en una fábrica de sombreros» —White hizo una pausa y luego dio una dirección—. Como usted ve, el registro es minucioso; hacen su trabajo científicamente, hasta con radiografías del pie y todo. El último par de zapatos lo compró la primavera pasada. Cada vez que lo hace regatea bastante el precio, según dice el vendedor.

—Bueno, ése es el último clavo en su ataúd —el inspector estaba exultante—. El tipo vive un poco más lejos de lo que yo suponía, pero no tanto como para no haber tenido oportunidad de oír hablar del viejo y sentirse tentado. Cinco manzanas al oeste y una al norte de la casa de Wontner. Es decir, diez minutos de camino, aun para un tipo con pies planos —terminó de anotar, y cerró su agenda—. ¡Magnífico, White! Yo comunicaré a los demás que pueden cesar la búsqueda. Mientras tanto, vaya usted rápidamente a esa dirección. Si ha volado ya, llámeme inmediatamente y daremos la alarma. Pero si está todavía, no le quite los ojos de encima. ¡Que no se le pierda de vista! No vamos a detenerle enseguida. Le tendremos en observación durante algunos días, para ver si sale a relucir el dinero del viejo avaro. Ahora que lo tenemos no necesitamos apresurarnos, y cuantas más pruebas acumulemos en contra suya, menos trabajo nos dará al final.

Quinn llegó a su casa pálido y tembloroso. Su mujer advirtió a la primera ojeada que algo le había sucedido. No podía ser que sus pies le tuvieran de nuevo a mal traer.

—¿Qué te sucede, Tom? —le preguntó ansiosamente—. ¡Estás pálido y excitado! Supongo que no te habrán despe-